

Y en su vértigo horrible, los insanos
 Contener impotentes aun pretenden
 El mundo que se escapa de sus manos.

A tus pies poco á poco amontonando
 Ellos van las insignias de sus glorias
 A tu estandarte un pedestal alzando
 Y con regios trofeos levantando
 Espléndido trofeo á tus victorias.

Hidalgo alzando su pendón de gloria,
 Tell asestando su certera flecha,
 Bruto hundiendo el puñal, de infame historia
 Las páginas rasgaron y una brecha
 A tu marcha triunfal dejaron hecha.

Sigue, pues, tu carrera, á tu destino
 ¡Oh reina de la paz! no dique sea
 La feroz anarquía que en torbellino
 La clara luz que alumbra tu camino
 Trocar pretenda en incendiaria tea.

Salve ¡oh diosa! otra vez, la patria mía
 Que por tres siglos bajo ley terrible
 Atada á un trono sin piedad, gemía,
 Su lámpara encendió también un día
 En la luz de tu antorcha inextinguible.

Que no se apague, por piedad, ¡oh diosa!
 Que del progreso en la feliz tarea
 Como estrella polar, su norte sea
 Y ya en paz ó ya en guerra borrascosa
 Cual su virgen vestal siempre te vea.

LA CRUZ DEL CEMENTERIO.

Pálida luz entre las sombras vaga
 Sobre mi frente lánguida brillando,
 Mas apenas la toca y resbalando
 En el hondo capuz se va á perder.

Pavorosa y callada está la noche
 Como la noche en que Jesús gemía,
 Cual la honda noche en que la madre mía
 Me arrojara á este mundo á padecer.

Oculto ¡oh noche! oculta entre tu manto
 Mi delincuente faz desordenada,
 Do el dolor estampó su huella osada
 Y sus gracias pueriles eclipsó.

Y borró los ensueños de mi infancia
 Y los gratos placeres que gozaba;
 Huyó por siempre la ilusión que amaba
 Y mi dicha también, por siempre huyó.

Vedme aquí ahora, en medio de la noche,
 Criaturas todas del Criador Supremo,
 Cual frágil barca sin timón ni remo,
 Cual vaga pluma contempladme aquí.

Por las calles vagando, solitario
 Busco un alivio á mi mortal tristeza,
 Mas sólo miro alzarse la cabeza
 Del soberbio edificio junto á mí.

De qué sirven cavernas de la corte
 Donde el placer y la malicia viven,
 De qué sirven, si mi alma no reviven,
 Si á un infeliz no pueden consolar?

Melancólico, triste, fastidiado,
 De horrosos tormentos mi alma henchida,

¡Ay! quisiera morir, dejar la vida,
Y á otros mundos el alma remontar.

No recojas ¡oh noche! tu ancho velo,
Más negra ponte, ponte más horrible,
Como está mi alma ponte, si es posible,
Cual el templo espantoso de Plutón.

Quiero objetos de horror, quiero tormentos
Que conmuevan mi yerta fantasía;
Salid, espectros, de la tumba fría,
Furias, dejad vuestra mansión de horror.....

Mas el horario escucho de la torre,
Las doce son, la noche está serena,
Una campana allá á lo lejos suena, (*)
Es el toque que llama á la oración.

A sus golpes las vírgenes sagradas
Cual figuras fantásticas se elevan,
Al altar del Señor festivas llevan
Los votos de su amante corazón.

Orad, orad, doncellas del silencio,
Yo también quiero orar; una cruz santa
En este cementerio se levanta
En medio de la mustia soledad.

En frente del calvario, majestuosa,
A la oración parece que me invitas;
Oye, cruz santa, mis mortales cuitas,
Escucha mis gemidos, por piedad.

Solitaria, en la calle, sin abrigo,
Sufres, cual yo, del tiempo los rigores;
Triste vives, cercada de pavores,
Sin antorcha, sin templo, sin altar.

No vengo, pues, aquí, leño sagrado,
De tu templo á admirar los capiteles,

(*) Convento de Capuchinas indias,

Huyendo vengo de pasiones crueles
Que destrozan mi pecho sin cesar.

Cuando niño, recuerdo que mi madre:
Hijo, ¿dónde está Dios? me preguntaba;
Y mi cándida mano levantaba,
Señalando tu trono, Santo Dios.

Y doblaba á su ejemplo mi rodilla
Y mis manos cruzaba sonriendo,
Sus piadosas palabras repitiendo
Con candor infantil y débil voz.

Entonces me escuchabas, Sér sublime,
Porque hablaba contigo mi inocencia,
Aun no se había manchado mi conciencia
Con el lodo de un mundo criminal.

Aun mi mente tranquila disfrutaba
Mil ensueños de amor, mil ilusiones,
No el influjo fatal de las pasiones,
No los ecos dolientes del llorar.

Mas ahora, ¡infelice! mi plegaria
Ya no exhala el aroma del contento,
Ya no sonrías á mi ardiente acento,
Y serio tu semblante está, Señor,

Porque huyó de mi mente la pureza,
De mis labios el soplo de la brisa,
Y en vez de su, antes, virginal sonrisa
Los sollozos te ofrecen del dolor.

Recíbelos, te ruego, Sér sagrado,
Porque en ti sólo encuentro mi consuelo;
Sin ti, Gran Dios, en este fatal suelo
¿Qué sería de mi pobre juventud?

De esta edad desgraciada en que el engaño
Su red fatal nos tiende de ilusiones
Do la envuelven las pérdidas pasiones,
Y adiós honor, educación, virtud,

Triste estoy, ¡ay! muy triste, y ni un amigo,
Ni una joven encuentro cariñosa;
Por todas partes sólo miro odiosa
La imagen del orgullo y del dolez.

Orgías por todas partes tumultuosas
Do resuena el rumor de las pasiones,
En la calle, en el templo, en los salones
Y hasta en la tumba triste, orgías también.

Cuántas veces en ellas confundido
De sus goces también he disfrutado;
Mas el fútil placer sólo ha dejado
El hondo tedio y el dolor tenaz.

No quiero orgías, no quiero ya placeres,
Quiero sufrir, porque éste es mi destino;
Quiero á tus pies llorar, árbol divino,
Porque eres tú mi bálsamo de paz.

Aquí vendré, ¡oh signo de dolores!
A contarte mis cuitas, mi amargura,
Una flor te traeré, fragante y pura,
Sobre tu peana humilde á deshojar.

¡Oh! qué contento estoy, qué despejado,
Cómo corre en mis venas dulce calma,
La oración es el bálsamo del alma
Que reanima la vida del mortal.

Oraré, pues, mientras te pise, ¡oh mundo!
Para calmar mi bárbara tristeza,
Y venga, ¡oh Dios! la muerte con presteza
A hundir en el sepulcro mi dolor.

Allí no habrá tristeza, allí tan sólo
Verá el mortal que pise mi morada,
Sobre mi pobre lápida grabada
Una cruz, una lira y una flor.

LA CITA.

Dormía el orbe en honda calma
Y la noche triste y quieta,

Parecía
Que el pensamiento del alma
O el delirio del poeta

Protegia.
De la cita de mi amada,
Esperando estaba la hora

Oportuna,
Cuando oigo una campanada
Que rompe el aire sonora:

Es la una.
A la calle de mi hermosa
La planta dirijo ansiosa,

Y al llegar,
Atento llevo la oreja
Al pie de la fría reja

A escuchar;
Pero solamente siento
El blando ruido del viento

Que, al pasar,
Turbaba con su plegaria
De la noche solitaria

La honda paz....

Sobre tu cándida frente
Este beso enamorado.....

Pobre palomita errante,
Cómo incauta, sin temor
Te abandonas al amor
Sin conocer al amante?

No temes que este mortal,
Que se dice amante fino,
Pueda ser áspid malino
Que quiera causarte mal?

Y nadie vela por ti,
Todo respira beleño
Y tu madre, en hondo sueño
Durmiendo se encuentra allí.

Durmiendo sin inquietud,
Durmiendo ¡incauta! durmiendo
Y tú tal riesgo corriendo;
Qué mal guarda tu virtud.

Madre incauta, duerme en paz,
Duerme, que nada te aflija,
Que mientras ame yo á tu hija
Puedes dormir sin soñar.

No temas tú, amada mía,
No temas de que inhumano
Marchite un delirio insano
Tu virtud, tu lozanía.

No temas, no, virgen pura,
Que con torpe liviandad
Aje tu virginidad,
Tu único bien, tu ventura.

Ni qué, al ajarla obtuviera
Marchitar tu corazón,
Borrar mi grata ilusión
Por un placer de quimera.

Por goces que vierten hiel,
Que halagan un solo instante
Y convierten al amante
En hiena hambrienta, cruel.

Que estigma en la frente imprimeti,
Brutales, sin poesía,
Goces que engendran, María,
Una venganza y un crimen.

Guarda, pues, tu honor, á fe,
Conserva limpio tu honor,
Guarda el cáliz del amor,
Que yo lo respetaré.

Lo respetaré, alma mía,
Como un relicario santo,
Porque eres, niña, mi encanto,
Mi ilusión, mi poesía.

Esto se llama placer,
Esto es amar con pureza,
Y amalgamar con nobleza
El goce con el deber.

Goce que no tiene nombre,
Placer que el *mundo no entiende*,
Pero que el poeta comprende
Porque siente más que otro hombre.

Que al decirlo ahoga la voz
Que con pesadumbre oprime;
Placer intenso, sublime,
Como el del ángel y Dios.

Esto es, oh niña, sentir,
Esta es delicia completa,
Esto es, en fin, ser poeta,
Que lo contrario es mentir.....

—Loco estás, bien mío, á fe;
Oh, si hablar cual tú pudiera

Eso y más yo te dijera,
Pues más que eso yo soñé.

—Loco estoy, dices verdad;
Pero quién no lo estaría
Cuando halla en ti, vida mía,
Tanto amor, tanta beldad?

Loco estoy, bien mío, de amor;
Me inspiras tanto, mujer,
Que me fatiga el placer
Después de tanto dolor.

Unámonos, pues, los dos,
Crucemos juntos la vida
En este mundo feroz:
Después juntos, mi querida,
Iremos á ver á Dios.

Impreso en "La Aurora de la Libertad."



D. FERNANDO CALDERON.

¡Oh parca inexorable!
¿Por qué no oprimes con tu saña cruda
A tanto vil y mísero egoísta
Que con cruel corazón, con alma ruda
Jamás su torva vista
A mirar levantaron
En favor de los míseros humanos,
Sino cuando esperaron
Henchir de oro sus avaras manos?

Pero tú te complaces, parca impía,
En arrancar de nuestro patrio suelo
A los genios sublimes
Que le dieron honor y nombradía
Y que eran su esperanza y su consuelo.

Moriste, Calderón; ¡oh parca impía!
Por qué en mí no clavaste tu saeta?
No viste que era poeta?
En su mano no viste que vibraba
La dulcísima lira

Que con mágico influjo adormeciera
La cruel herida que el dolor hiciera?

La lira de oro que el Eterno mismo
Al producirlo de su sabia mente,
Con su mano potente
Le regaló mandándolo á este abismo
De locura y dolor á que cantara
Y así las penas del mortal calmara.

Por qué te fuiste, ¡oh poeta! no tenías
Amigos en tu patria que te amaban,
Que reían contigo si reías
Y si llorabas tú, también lloraban?

Y quién ahora, quién? nadie sin duda
Se atreverá á pulsar tu dulce lira
Sin cometer un sacrilegio, y muda,
Olvidada estará sobre tu pira.

Mudo el teatro estará y en el olvido:
Quién nos dará *Torneos* y *Ana Bolenas*?
¡Ay! nuestro teatro siempre envilecido
Mendigará por siempre obras ajenas?

Tú poseíste, Calderón, la clave
Del alma de los hombres. Tú adornabas
Sus padeceres con tu acento suave
Y á tu placer sus fibras conmovías.

Venga Crespo con todas sus riquezas
Y Napoleón con su renombre y fama,
Nunca podrán trocar su oro y proezas
De la poesía por una sola llama.

Por qué no mueren, pues, tantos malvados
Henchidos de poder, henchidos de oro,
Que viven en su yo, siempre afanados,
Y no tienen más dios que su tesoro?

Con el ruido del oro ensordecidos
Nunca oyeron del poeta el triste canto,
Ni del huérfano oyeron los gemidos
Ni el quejido de amor en su quebranto.

Y estos hombres no mueren, Dios sagrado,
Estos hombres que buscan sus placeres
En la senda del mal, en el pecado,
En el amor de impúdicas mujeres?

¡Ay! yo te amaba con el alma mía
Aunque nunca tu faz yo conociera;

Mas, qué importa la faz si tu poesía
Toda tu alma á conocer me diera?

Si, te amaba porque eras virtuoso,
Porque habitó en tu labio la verdad,
Que nunca el poeta pudo ser vicioso,
Nunca en su pecho pudo haber maldad.

¡Ay! ni cómo pudieran esos seres
Sus glorias con el crimen eclipsar,
Cuando gozan de célicos placeres
Que el perverso jamás pudo gozar;

Cuando sólo rebullen en su mente
Ideas de eternidad, ideas de amor,
Y del mundo su pecho sólo siente
El dardo agudo del mortal dolor?

Si sólo en la natura dulce calma
Y alivio encuentra al rudo padecer,
Si allí se embebe en goces, si allí su alma
Parece que se siente renacer.

Si brota de sus labios la poesía
Cual brota de las flores dulce miel,
Si él huye los placeres de la orgía,
Pudiera producir amarga hiel?

Vive, pues, Calderón, vive en tu fama,
Porque es tu gloria pura, inmarcesible,
Porque te llora México sensible,
Te lloran tus amigos con dolor.

Y entre las liras dulces y sonoras
Que adornan el parnaso mexicano,
Permítaseme á mí con torpe mano
Pulsar la mía ¡oh poeta! en tu loor.

EL ARROYUELO.

Riachelo cariñoso :
Díme en qué se asemeja
Tu plácida corriente
Al férvido torrente
Del Atoyac terrible y espantoso.
¡Ay! tú eres tan humilde,
Tan manso, tan medroso,
Que la débil pajilla,
Que salta de la orilla
Basta á turbar tu curso silencioso.
Ni traspasas tus bordes,
Ni tus aguas empañas
Y modesto y sencillo,
Alegre estás si bañas
El espino silvestre y el cardillo.
Y más contento, cuando
Algún travieso niño
Se acerca retozando
A jugar con tus aguas,
Y te mira y se ríe con cariño.
Cuán preciosos se miran
Los mil globillos vagos,
Que á tu modesta playa

Uno, tras otros giran,
Formándote en dos lindes una valla;
Mas, libre, independiente,
En vez de dulce arrullo
Lanzas flébil murmullo,
Si obstáculo insolente
Impide girar libre tu corriente.
Calla, pues, no te aflijas,
Mi mano cariñosa
Va á quitar esas guijas
Cuya audacia importuna
Así tu libertad quitó envidiosa.....
Goza ya de tu suerte
Mientras lloro la mía,
Porque no hallo, obsequiosa
Otra mano piadosa
Que me ayude á vencer mi suerte impía.

Riachuelo límpido :
Que giras rápido
Hasta las márgenes
Del ancho mar.
Recoge plácido
Las tiernas lágrimas
Que vierto pródigo,
Y sin cesar.
La vida insípida
Que arrastro mísero
Siempre entre obstáculos,
Torpe ha de ir ?
Y siempre tétrico
De amor solícito,
Tormentos hórridos
He de sufrir.

¡Oh! Dios benéfico!
 Derrama en mi ánimo
 El dulce bálsamo
 De la virtud.
 Camino único
 Del templo célico,
 De que es el pórtico
 Un ataúd.

LA CRUZ DEL CAMPO.

Aun leía en el santuario de la muerte
 A la luz de la luna solitaria,
 Una inscripción sentida y funeraria
 Que una madre dictara en su dolor;
 Y embebido en mis fúnebres ideas,
 Tantos hermanos al mirar sin vida
 Execraba la parca fratricida
 Sin pensar en salir de su mansión;
 Mas, al oír de llaves, el crujido,
 Que abandonar las tumbas me indicaba,
 Salí al campo y apenas me alejaba
 Cuando te ví á mi frente, angusta cruz.
 Gigantesca te elevas á los cielos,
 Protección ofreciendo á los humanos,
 Mas ingratos é indignos los mundanos,
 Ni un recuerdo traemos de virtud.
 Majestuosa y esbelta en medio al campo
 Te elevas solitaria como mi alma,
 En medio del silencio y de la calma,
 Emblema de la paz y la orfandad.
 Ideas de religión á mí me inspiras,
 Ideas de eternidad y bienandanza,
 Y en mi pecho reanimas la esperanza
 Y en mi mente difundes la verdad;

Pero este mustio retiro,
 Por qué elegiste, cruz mía,
 Do tu única compañía
 Es la mansión del dolor.

Donde ni un árbol, ni un muro
 Se alzan á cubrir tu frente
 Contra el hielo y sol ardiente
 Ni contra el rudo aquilón.

Es tal vez que en pos veniste
 De este silencio profundo.
 Quisiste lejos del mundo
 Junto á los muertos morar?

Tierna madre, aquí veniste
 A consagrarles tu ayuda,
 Al huérfano y á la viuda
 Que aquí vienen á llorar?

O tal vez veniste huyendo
 Del mundo estúpido y vano,
 Que olvida á su Dios insano
 Que por él, en ti murió?.....

Tu antorcha es la luna,
 Tu templo es el cielo
 Y el árido suelo
 Te sirve de altar;
 Y en tela musgosa
 De grama tejida
 Yo siento, mullida
 Tu alfombra pisar.
 Si humano cariño
 No te ha consagrado
 De flores copado,
 Chinesco pichel;

En cambio, natura,
 Cercó cariñosa
 De mirtos y rosa
 Y arbustos tu pie.

Mil cálices se abren,
 Su aroma exhalando
 Que el céfiro blando
 Te viene á brindar.

Y suplen la falta
 Del rico incensario,
 Que humea en el sagrario
 Allá en Catedral.

No tienes un coro
 Do pobres mortales
 Entonen venales
 Su hipócrita voz.

Mas mil insectillos,
 Nocturnos cantores
 Te obsequian loores
 Más gratos á Dios.

Si el mundo no viene,
 Cruz santa, á adorarte
 Y humilde, besarte
 Desde esa ciudad.

Las mieses y cañas
 Del viento mecidas
 Acatan rendidas
 Tu gran majestad.

Sólo un sacerdote,
 No tienes propicio
 Que aquí un sacrificio
 Te venga á ofrecer;

Mas tienes un joven
 Postrado á tu planta

Que humilde te canta
Con santo placer.

Mis hombros no cubren
De lino y jacinto
De púrpura tinto
Levítico Ephod.

Ni el sacro carácter
Con que consagrarte,
Y una hostia libarte
Ministro de Dios.

Mas tierno, obsequioso,
Te doy mi cariño

Y el beso de un niño

Yo pongo en tu pie,

Porque eres, cruz santa,

La enseña que adoro,

Que enjuga mi lloro

Y mi único bien.

Impresa en la "Aurora."

A LA LUNA.

Luna sublime de fulgor cercada
Que del espacio surcas el vacío,
Ven, por piedad, anima el pecho mío
Que gime sin cesar.

Alma del cielo, mágica criatura,
Obra grandiosa del Omnipotente,
Me postro humilde cuando veo tu frente
Tras el monte asomar.

Todo se calla cuando tú te elevas
Por entre nubes de ébano brotando
El azul horizonte iluminando
Con tu luz virginal.

Subiendo vas con majestad gentil
Haciendo de luceros escalones,
Y de nubes tendidas en vellones
Tu mullido tapiz.

Sentada en el zenit en regio trono
Rodeada estás de tu estrellada corte,
Y viene á recoger brisa del Norte
Tu espesa alfombra gris.

Limpio queda el espacio ante tus rayos
Y ni una nube tu blancura empaña,
Del hotentote el polo, tu luz baña
Y el polo del imán.

Rodeada de magníficos luceros
En el cielo te ostentas majestuosa,

Y el mundo te proclama por su diosa,
Por reina de la paz.

Y de Oriente á Poniente y de los polos,
Dulces, tristes ó graves las miradas
De mil y mil pupilas extasiadas
Pendientes de ti están.

El astrónomo allá en su observatorio
Cuando mueres te mira y cuando naces,
Y en su anteojo pendiente de tus fases
Lo ves amanecer.

Del parque en la glorieta la belleza
De una mujer aumentas y blancura,
Y su amante á sus pies en su locura
Más poética la ve.

En el borde del Niágara el viajero
Admira su gran cuadro á tu salida,
Y al mundo entero allí á gozar convida,
Pues le ahoga el placer.

En su kiosko calado orilla el Bósforo
El magnate oriental rielar te mira,
Y en su blando cojín gozoso aspira
Su taza de café.

El marino en la popa reclinado
En copos de humo su penar disipa,
Y te pide tu luz mientras su pipa
Acaba de fumar.

A lado de su establo está el buen Pedro
Bajo un fresno á la puerta de su choza,
Con su perro, sus hijos y su esposa
Gozando tu fulgor.

Su pena alivia en calabozo oscuro
El preso atado á la robusta argolla,
Si al través de la estrecha claraboya
Te mira aparecer.....

.....
¡ Cómplice del amor! por entre nubes
Velada á veces de sombríos vapores,
A media luz protejes los amores
Tras púdico antifaz.

Porque comprendes, diosa de la noche,
Cuán ruda es del amor la pena impía,
Qus enamorada tú del dios del día
En vano tras él vas.

Y mientras vas tras él, sin esperanza,
El brillante lucero de la tarde
Haciendo en vano de su amor alarde
Te sigue á ti también.....

Mas la noche se avanza. Hacia el ocaso
Con lenta gravedad vas descendiendo,
Y al mundo y la ciudad va entumeciendo
Silencio sepulcral.

Parece que del cielo se desprende
Sobre inmenso, dormido cementerio,
La lámpara expirante del misterio
Que á apagar va el guardián.

Nos dejas y te vas, ¡oh bella ingrata!
A otros mundos voluble te desprendes,
Para otras gentes tu fanal enciendes,
Magnífica vestal.

A MÉXICO.

(Fragmento).

México hermosa, patria idolatrada,
La de las ricas minas,
La de azul cielo de radiantes lumbres,
La de cadenas de elevadas cumbres
Y la de ardientes y nevados climas.
La de hermosas mujeres
De color de piñón, de pie pequeño,
De peculiar desdén,
De ojos negros, brillantes como estrellas,
Sin rival en el mundo para ellas.
La que ofrece en montones al viajero,
Sin distinción de climas,
Los mangos ricos, las naranjas de oro
Y las jugosas limas,
Unidos en un cesto, como amigos,
Con duraznos, con peras y con higos.
La de claros talentos
Cuya luz, como el sol, deslumbrarían
Si como al sol, los vientos
Sus caminos la paz, abriera pía.
Inmenso bosque de salvajes fieras;
Paraiso extenso de brillantes aves,
Vergel divino de variadas flores
Quién, dime, tus dolores
Virgen de Anáhuac, calmara y tus ayes;
Tierra bendita de los mil volcanes
Que cual fieros titanes
Alzan su frente colosal al cielo,
Sagrados pebeteros que humean siempre
Como ovación para calmar tu duelo.

Tendida ¡oh virgen! entre dos océanos
Sobre blanco sofá de blandas olas
Aislada y abatida
Nadie escucha tu queja dolorida
En esas frías inmensidades solas.
A Europa y China tiendes ambos brazos
Y ni aun te ve la China
Y si Europa te ofrece sus abrazos
Es que en tu seno vió su rica mina.
Es de mañosa amiga, la ancha falda
Almohada do reclinas tu cabeza
Dalila así á Sansón acariciaba
Y faltando, traidora, á su promesa
El pelo le cortaba.
Tus pies inertes, fríos
Tendidos hacia el Sur, ninguno abriga
Y si tocan la mano de una amiga,
Esa amiga indigente
Ay! nada puede darte
Ni un pobre harapo que tus pies caliente.
Sólo el cielo, señora, sólo el cielo
Por tu existencia vela
Y su espléndido sol, su azul divino
Preparado te tiene otro destino
Y con lluvia y con flores te consuela. . . .
Si crees que ya no te amo patria mía
Porque hace tiempo enmudeció mi lira,
Mi corazón, tus glorias siempre admira
Y te amo todavía.
No, patria, no, mis flores no han pasado
Y al ver lucir un rayo de esperanza
En mi alma se despiertan los destellos
De sentimientos bellos
Y siento bienandanza.

Ni quién daría al olvido
 El suelo en que sus padres han nacido,
 Su mismo suelo, de sus hijos cuna,
 De sus buenos amigos,
 De las bellas mujeres que ha querido?

Cómo olvidar pudiera los momentos
 Que al pie de un sauce, orilla de una fuente,
 Entre raudal de bellos pensamientos,
 Viera rielar los rayos soñolientos
 De la luna esplendente?

Cómo olvidar la plática sabrosa
 Que las noches de invierno han provocado
 Al lado de fogata luminosa,
 De hijos, amigos y mujer hermosa
 Y un vaso á más, de ponche regalado?

Cómo olvidar sus bailes, sus salones,
 Do asaltan en tropel las ilusiones,
 Donde se pierde el juicio
 Entre hermosas y danzas y armonías
 Y entre aromas y luces y bullicio?

Cómo olvidarme que en el templo, un día,
 Ante un Cristo, sumido en desconsuelo,
 Mis cuitas, de rodillas repetía,
 Y que bajó del cielo
 El consuelo y la paz al alma mía?

Si tanto tiempo enmudeció mi lira
 No fué, patria, mi culpa, te lo juro,
 Fué que traidores bandos
 Arrancaron sus cuerdas, en su ira
 Y á mis pies arrojándola en pedazos
 A mi fe levantaron alto muro

A MI PEQUEÑA SOFIA

En muelle cuna al mundo te lanzaste
 Y al dar el primer paso hacia la vida
 Del mundo, sobre el pórtico miraste
 En grandes caracteres esculpida
 Una negra inscripción,
 Que revela al mortal su triste suerte
 Y dice: ¡maldición!

Pensaste entonces en el destino triste
 Que te esperaba ¡oh niña! y sollozando
 En otra cuna súbito te hundiste
 Un recuerdo tan sólo en pos dejando
 Y un rastro de dolor,
 Que tu padre infeliz consuela, ¡oh niña!
 Porque te ve con Dios.